

Apuntes de la Escuela de Comunidad con Julián Carrón
Milán, 22 de junio de 2011
Texto de referencia: «Si uno está en Cristo es una criatura nueva»,
supl. *Huellas-Litterae Communionis* n. 6 (2011), pp. 27-42.

+ *Vento*
+ *Il viaggio*

Gloria

Empezamos nuestra última Escuela de comunidad antes del verano.

Me quedé muy impresionada después de la última Escuela de comunidad que tuvimos juntos, en especial por lo que tú decías: que el racionalismo nos afecta en la medida en que damos por descontada la experiencia (por tanto para nosotros la carencia no indica una presencia, la soledad no indica una compañía, y de este modo no conseguimos que el Misterio no sea algo añadido). Releyendo en estas dos semanas la segunda lección que hiciste en los Ejercicios de la Fraternidad he caído en la cuenta de los dos grandes descubrimientos que me ha aportado el camino que hemos hecho juntos este año. El primer descubrimiento es que Cristo presente, pero no el Cristo de mis pensamientos, sino Cristo resucitado, no tiene miedo de mi humanidad tal como es. Sin embargo, sin Él yo estoy tan apegada a mis imágenes como lejos estoy de mí. Después de cincuenta años, me he dado cuenta de que se ha acabado la vergüenza por mí misma; ya no debo fingir ser lo que no soy, y para mí se trata de una experiencia de liberación que de otro modo sería imposible. Lo segundo que me ha impresionado de este año es que existe una compañía que sirve de refugio, para no escuchar al Misterio, y que, en cambio, hay una compañía, aquella a la que tú nos invitas, que sostiene este drama con el Misterio, que lo hace más profundo. La primera compañía empieza siempre fuera de mí, la segunda compañía empieza en mí, y también por esto es una liberación.

En mi opinión, es decisivo comprender bien lo que decías sobre la escuela pasada, porque es un verdadero desafío que don Giussani nos lanza a cada uno de nosotros. Lo digo de forma muy sintética: para nosotros, la tristeza, la soledad, la nostalgia, la pregunta es la prueba clara de que el "Tú" no existe; para don Giussani es justamente lo contrario, es el signo más evidente de que este "Tú" existe. Y es fundamental que cada uno mire esto cara a cara. Nosotros pensamos que el Misterio no existe, a causa del racionalismo, de un uso reducido de la razón por el que no nos damos cuenta de todos los factores que están implicados en la experiencia misma. ¿Y qué produce esto? Que si no nos damos cuenta de que Él está presente en la experiencia misma –en la tristeza como deseo de un bien ausente, en la soledad como el momento en el que uno puede darse cuenta de que para explicar hasta el fondo por qué se siente solo debe reconocer la compañía original que le constituye ahora–, entonces nos sentimos solos, sin implicar a Otro. Me interesa que comprendamos esto muy bien, porque en caso contrario disfrazamos la salvación cristiana. Según nuestra perspectiva reducida, ¿qué se supone que habría venido a hacer Cristo? Habría venido para resolver las cuestiones, y para nosotros, resolver las cuestiones quiere decir eliminar el drama de la vida. Si después de haber conocido a Cristo estamos todavía tristes o sentimos nostalgia, sería la demostración palpable de que Él no está. ¡Pero mirad que es lo contrario de lo que dijimos el 26 de enero! Cristo no ha venido a eliminar lo humano, el sentido religioso: ha venido a despertarlo a lo grande, ha

venido a hacerlo más dramático. ¿Para qué hace que se vuelva más dramático? Para que yo Le pueda reconocer, para que yo pueda gozar de Su presencia. En cambio, ¿cuántas veces habéis oído decir que Cristo nos promete algo que después no cumple? Porque tenemos una imagen de cómo debe cumplir la promesa, que es eliminar el drama, eliminar lo humano. ¿Y por qué llevamos a cabo esta operación? Porque tenemos metido en la cabeza que la forma verdadera de ser hombres sería la superación de la desproporción estructural. ¡Pero la desproporción estructural "constituye" al hombre! Es como si tuviésemos una objeción total con respecto a la forma en que el Misterio ha hecho las cosas («Sería menos dramático si no tuviésemos esta desproporción, si no sintiésemos toda la dramaticidad que esta desproporción implica, si alguien nos la pudiese ahorrar»). Por eso concebimos la desproporción como una etapa a superar; nuestra expectativa es que en algún momento de la vida consigamos superar esta desproporción. Pero esta concepción hace del cristianismo una tomadura de pelo: porque Cristo no solo no ha venido a eliminar el sentido religioso, ¡sino a despertarlo! La salvación no es eliminar el sentido religioso, sino despertarlo, para que podamos llegar a gozar verdaderamente como hombres. Pero, ¿por qué cometemos este error en relación al cristianismo? Porque lo hemos cometido primero en la relación con nosotros mismos. Si para nosotros el hombre, tal como viene descrito en el capítulo quinto de *El sentido religioso* (soledad, nostalgia, tristeza), no documenta que el Misterio existe, ¿en qué queda la presencia de Cristo? Debemos preguntarnos de vez en cuando: ¿qué es el hombre? ¿En qué consiste la plenitud del hombre? Cristo nos conmueve hasta la médula, y esto no hace desaparecer la desproporción estructural, sino que la despierta por completo. Pero muchas veces tenéis la objeción que plantea esta carta: «Tengo una pregunta que me urge desde la pasada Escuela de comunidad. Al explicar la carta con la que se empezó, decías claramente que la prueba evidente de que existe el "Tú" es precisamente la experiencia de la nostalgia, de la falta con la que tal vez no hacemos cuentas [para esta persona ha quedado completamente claro]. Pero para mí esto no resuelve el problema. Porque la nostalgia que vivo implica que el "Tú" existe, pero no necesariamente que esté presente. Como cuando siento nostalgia de alguien al que amo pero que está lejos: es cierto que existe, pero yo querría que estuviera aquí, no me basta solo con estar segura de que existe. En la carta que citabas esto es lo que me conmueve y me llena de envidia: que para ella el "Tú" está ahí, como un amor presente. Me gustaría que el camino de certeza que estamos haciendo se convirtiese en una experiencia de compañía real, en un "Tú" de verdad que está aquí conmigo, en una presencia a la que abrazar». Que exista el "Tú", pero que no esté presente: se trata de una distinción que indica hasta qué punto llega nuestro racionalismo. Si Dios no estuviese presente ahora mismo dándome la vida, yo no existiría. Él está presente en el signo: mi "yo" testimonia que existe y que está presente. Hasta tal punto está presente, que yo estoy aquí, ahora. Comparémonos con el ejemplo del regalo del ramo de flores: demuestra que existe uno (el que hace el regalo) aunque no esté presente, porque la presencia de esa persona está fuera de las flores, por tanto pueden estar las flores y no estar presente la persona que las ha mandado. Lo que vale para las flores, ¿vale también para nosotros? Es decir, ¿puedo acaso existir yo sin que el "Tú" que me hace en este momento esté presente? Cada uno de vosotros, ¿puede estar presente, puede existir ahora sin un "Tú" que le dé el ser en este momento? Si no entendemos esto, nos cuesta entender lo que dice el Manifiesto de Pascua. Me parece que algunos entre nosotros conciben a Dios como alguien que pone en marcha el motor del mundo y luego se va de vacaciones, hasta que vuelve. La misma concepción tienen del cristianismo: Cristo ha venido, qué afortunados los que lo han

podido experimentar "en vivo"; nosotros no estamos entre ellos, y solo podemos limitarnos a poner en práctica sus enseñanzas en Su ausencia, hasta que vuelva para decirnos si hemos sido buenos o no... Pero mirad lo que dice Giussani en el Manifiesto: «El acontecimiento no solo identifica lo que sucedió en un momento preciso, dando origen a todo, sino también lo que aviva el presente, lo define y le da un contenido, lo que hace posible el presente». ¿Está presente? ¿En qué lo noto? En lo que Él hace posible. No es que exista Cristo resucitado, pero no está presente; el acontecimiento no es una categoría que habla solo del inicio, sino que define, da contenido y hace posible el presente. Qué conciencia tenía y tiene Giussani de lo que está sucediendo ahora. Y por eso dice después: «Cristo es un hecho que me está sucediendo». Ante una frase así, ¿cómo podemos decir que existe, pero que no está presente? ¡No es posible, no es posible! De hecho, luego pensamos que el único modo con el que está presente es el que tenemos en nuestra imaginación. Para los discípulos de Emaús Cristo era algo que les estaba sucediendo en ese momento exacto: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?»: no Le conocían fuera de la experiencia presente. Mirad lo que me escribe otra persona: «Siento nostalgia de ciertas personas –cuando no las veo– porque son una presencia fuerte en mi vida. Ellos están presentes, y por ello siento nostalgia». Dice Giussani: «No se puede adorar una presencia –¡Dios!– sin que se sufra por una ausencia, que tú quieres colmar, suspiras por ello [nos despierta tan poderosamente que uno desea más]. [Por eso] no me asusta mi límite [como decíamos antes], es la demostración más fantástica de la existencia de Dios, que se evidencia en negativo, como mi carencia». Esta mañana me decía un amigo que, hablando con su mujer, se preguntaba: ¿qué significa decir «te quiero»? Y la mujer le decía: «Te quiero porque te espero, percibo que te quiero porque te espero». ¿Os podéis imaginar que alguien pueda esperar si no existe ese al que espera? «Te espero» es la demostración clara de que existe. Por eso, querer se identifica con «te espero»: cuanto más te quiero, tanto más estás presente, tanto más te espero. Esto, para nosotros –como escribe otra persona– es como si fuese un recorrido meramente intelectual: «Para mí, escuchar tu exposición –disculpa por lo poco apropiado del término– ha sido como seguir un recorrido racional: la evidencia de que no me hago a mí mismo, la nostalgia, la tristeza, la soledad que implica ese "Tú", el deseo de un bien ausente y la compañía original. He advertido con claridad la distancia entre tu experiencia y la mía, como si a esas palabras les faltase carne y sangre». Ésta es la cuestión. Para nosotros, el "Tú" está falto de carne y de sangre. ¿Cómo se pueden llenar las palabras de carne y de sangre? He aquí la gran contribución de método que nos ofrece continuamente don Giussani. Decía una universitaria que su vida había empezado a cambiar para ella cuando había empezado a entrar en la vida, en las cosas, con la hipótesis de Cristo, es decir, con la hipótesis de lo que se había desvelado en el encuentro con Cristo; se había dado cuenta de que, poco a poco, al entrar así en la vida, esa hipótesis había dejado de ser una hipótesis para convertirse en una certeza. Si las palabras son idénticas, ¿por qué para algunos son carne y sangre, y para otros siguen siendo únicamente palabras? Porque lo que llena de carne y de sangre las palabras es la experiencia. Si no estás disponible para hacer este camino, podrás seguir diciendo que son solo palabras. ¿Quién te podrá convencer de lo contrario? Solo si uno verifica en la experiencia empezará a ver que se convierten en carne y en sangre, porque las cosas vividas en la experiencia ya no pueden ser solo palabras. Y entonces esto se convierte en certeza, que es lo que muchas veces nos falta, como me escribe otra persona: «Es como si diese por descontadas estas cosas. He tratado de entender el porqué, y no consigo estar satisfecho con lo que he recibido. He formulado una hipótesis: la

razón es que no soy pobre, ya no tengo los ojos de un niño, me he sentado en el camino que debo recorrer. ¿Y por qué? Porque ya no consigo reconocerle. Es como si Le hubiese reconocido en el pasado, reconozco que Él estuvo, pero ahora no consigo verle en todo lo que hago. Como consecuencia de esto, me apego a las personas, a mi novia sobre todo, y no tengo el corazón libre, abierto. He retomado el capítulo sobre la pobreza y he encontrado una hipótesis de respuesta: "Cristo te da la seguridad de que cumplirá lo que te hace desear, entonces, serás muy libre de las cosas", pero a mí, la mayoría de las veces, me cuesta tener esta certeza. En otro punto del capítulo dice: "Hace falta que nos hagamos más pobres, esto es, ciertos de algunas grandes cosas". Deseo estar siempre cierto de esta presencia, porque estoy cierto del nombre que llevo». Es lo que dice también el Manifiesto de Pascua: «¡Sin este "ahora" no hay nada!». Por eso, o lo percibimos en el presente, en el ahora, o no hay nada que hacer. Pero para percibirlo en el ahora se necesita esta sencillez del niño, para no dar todo por descontado. Paradójicamente, es la sencillez del niño la que nos hace estar ciertos. El ejemplo más evidente que podemos poner es el del ciego de nacimiento (¡más pobre que él no se puede ser!), que solo tenía esta certeza: antes no veía y a hora veo. Esta pobreza, este ser como un niño ante lo que sucede, le hace estar cierto, mientras que los demás intentan manipular los datos tratando de eliminar la evidencia: antes no veía y ahora ve. No es complicado. El ciego de nacimiento demuestra que reconocerle a Él presente no es complicado: con la sencillez de un niño, no da por descontado que antes no veía y ahora ve. Éste es el recorrido que tenemos que hacer, amigos, porque una hipótesis se convierte en certeza solo si la verificamos continuamente en la experiencia.

¿Cómo lo has verificado tú?

La semana pasada fui a un mercado a repartir el manifiesto. Dispuestos a dar razón de nuestra esperanza. Al ir allí, ardía en mí esta pregunta: ¿hay algo que sea realmente capaz de cambiarme, es decir, de arrancarme del escepticismo en el que con frecuencia me hundo, del cansancio en el que caigo? ¿Hay algo realmente capaz de mover la raíz de mi "yo"? En un momento dado, me hallaba delante de un puesto. Había allí un hombre que vendía huevos, y me preguntó qué estaba haciendo. Le di un manifiesto y le pregunté con sinceridad: «¿Hay algo que sea capaz de cambiarle, de vencer el escepticismo, el cansancio, el aburrimiento? Es decir, ¿hay algo que sostenga sus deseos y responda a sus verdaderas necesidades?». Después de un rato hablando, él estaba cada vez más provocado e interesado, y me respondía así: «Para mí la respuesta a esta pregunta son los Evangelios y los mandamientos». Yo le pregunté: «Pero, ¿qué le empuja a seguir esas normas? ¿Le basta hacerlo? ¿Encuentra que es lo más conveniente para su vida, para su día a día? ¿Responde a su necesidad más profunda como hombre, al deseo de que sus días sean intensos y de que su vida no sea mediocre? ¿Sostiene sus deseos más profundos, más verdaderos?». Él estaba cada vez más tocado y afectado por mis preguntas, y me decía, de hecho, que la conveniencia era nula, y que sus días hablaban de un cierto cansancio. Ante esto, yo me implicaba más y seguía preguntándole: «Pero usted, ¿desea ser feliz? ¿Desea que lo cotidiano sea intenso, y no simplemente un ir tirando? ¿Se puede contentar con ir tirando?». Ese hombre no se quería echar atrás ante mis preguntas; las deseaba todas, pero se daba cuenta de que las respuestas que daba eran medias respuestas que no bastaban y no convencían, ni siquiera a él, mientras que las preguntas eran radicales, porque tocaban un punto decisivo. Ante sus críticas sobre los escándalos de la Iglesia y sobre la sociedad, le pregunté con libertad: «Pero, ¿no le gustaría ser abrazado tal como es, con todo su

límite, incluso su pecado? ¿Usted no desea ser amado y amar siempre con un amor infinito? ¿Existe o no algo en la realidad que no traiciona nunca?». Y me respondía: «Me estás poniendo entre la espada y la pared, me estás confundiendo». Pero, llegados a un punto, empezó a decirme: «Dímelo, dime entonces cómo es para ti ». Yo empecé, de forma muy sintética – porque la mayor parte del tiempo le hice preguntas– a contarle que lo que cambia mi vida es el acontecimiento de Cristo, que para mí el cristianismo es una carne, y no reglas a seguir, por muy justas que sean, y que yo lo vivo en la carne del movimiento. Y luego le hablaba de mi novio, de mis amigos, de las relaciones que cambian, de una compañía nueva, y de la posibilidad de mirar mi necesidad. Entonces le regalé el número de Huellas del mes de mayo, diciéndole que para mí ese era el testimonio de que el Misterio sucede continuamente en el mundo, que entra en nuestros días y descabala lo cotidiano, y le regalé también el cuadernillo de los Ejercicios, y le hablé del valor que tenía para mí en este momento, para mirar y descubrir lo que yo soy, la raíz de mi ser. Como respuesta, me dijo: «¿Dónde estáis vosotros, dónde os encontraréis?», y entonces le hablé de la Escuela de comunidad. Él me decía: «Te he hablado de todas mis cosas; si me ayudáis os lo agradeceré». Delante de aquel hombre, me di cuenta de que, sin todas esas preguntas, mi humanidad está reducida –la mía y la de ese hombre–, y que me urge poder mirar todo lo que soy, porque estoy hecha para vivir a la altura de mi necesidad, y no podía esquivar todas esas preguntas. No le he ahorrado ni siquiera una, a pesar de que aquel vendedor no conseguía darse respuestas satisfactorias. Pero yo me encontraba totalmente libre para planteárselas y para profundizar cada vez más en nuestras necesidades más radicales, porque estoy cierta de que existe la respuesta a todo esto. Es más, me he descubierto completamente agradecida por estar ahí y por estar así, con algo irreductible, y no con algo que en el fondo no marcha, algo que hay que curar: Cristo está porque responde completamente a mi necesidad.

Para uno que pregunta así, ¿está presente o no lo está? Lo que le cambia a ella es el acontecimiento de Cristo. Si no fuese así, ¿habría podido apremiar así a su interlocutor? Que uno haga las cuentas con estas preguntas, que sea capaz de mantenerse ante las preguntas, ¿es signo de que está o de que no está?

Después de algún tiempo en el que habían sucedido en la universidad hechos excepcionales (elecciones estudiantiles, campaña electoral, peregrinación a Roma), había algo que no me cuadraba, era como si me estuviese diciendo: muy bien, ahora se han terminado los fuegos artificiales, tienes que empezar a pensar en tus cosas. Pero, a medida que pasaban los días, esto me chirriaba más y más: yo quiero y deseo una vida unida. Luego salió el manifiesto del que hablaba la intervención anterior, y me impresionó mucho la reacción que tuvo una amiga mía: «Mientras me habéis pedido que me tome en serio la posibilidad de hacer campaña electoral he estado a una con vosotros, pero ir a hablar de Cristo a los mercados, esto es demasiado». Me impresionó justamente porque daba voz a la cuestión que poco a poco se va haciendo cada vez más radical para mí: este manifiesto me ha salvado de permanecer engañado, porque ni siquiera los milagros me bastan. Lo único que me satisface es lo que dice este manifiesto: «La fuerza que construye la historia es un hombre que ha puesto su morada entre nosotros, Jesucristo». Yo necesito esta radicalidad, y por fin estoy comprendiendo qué quería decir el Manifiesto de Pascua, porque o todo lo que he visto, incluido todo lo grande y excepcional, me es dado de nuevo ahora, o todo se me escapa entre las manos, y al final sigo siendo esclavo de mí mismo y del poder. Ha habido también otra cosa que me ha ayudado a

entenderlo. Mi novia es enfermera, y me contaba que un día llegaron a la planta dos menores heridos que, después de haber robado un coche, provocaron un accidente matando a otras personas. O sea, una situación dramática. Me contaba que muchas personas en la planta estaban escandalizadas por este asunto, y que por ello no querían darles analgésicos: «Han hecho mucho mal y deben sufrir». Lo que más me impresionó no fue el escándalo de sus compañeros, sino que ella, sin hacer melindres o decir: «Bueno, está Jesús», se puso a cuidarles desafiando a sus compañeros: «Al tratarlos de un cierto modo, estos chicos, que seguramente no tienen ni idea de lo que es el bien o el mal, tal vez puedan ver algo diferente en la vida, un mínimo de bien en la vida». ¿Por qué me ha impresionado? Porque allí no había nadie, ¡salvo ella! Yo comprendo que necesito esta presencia ahora, para que el día que esté solo no tenga que buscar la muleta (que es el amigo o todas las frases de CL); estoy yo, e incluso en el silencio del estudio, aunque esté solo, puedo hacer experiencia de que Cristo incide en la historia.

¿Lo veis? Hechos excepcionales y milagros. Pero, sin el reconocimiento de Su presencia, todo decae cuando se detiene esta actividad frenética. Y él nos dice que necesita que todo le sea dado de nuevo ahora. ¿De qué forma permanece Él hoy, en medio de nosotros? Generando personas capaces de estar ante la realidad, incluso contra todo y contra todos, testimoniando a Cristo en la forma de tratar la realidad –como ha hecho su novia–. Esos chavales del hospital hicieron algo completamente equivocado, y tendrán que dar cuentas ante el Señor; pero esto no le quita a ella la tarea de responder a la necesidad que tienen. No avergonzarse de Cristo quiere decir mirar estas circunstancias como uno ha sido mirado, y esto desafía a todos. Y es necesario que esto suceda en ella hora, porque de otro modo preferiría hacer como todos, conformarse. ¡Menudo desafío!

Hola.

Sé sintética, ¿vale?

Estoy aquí para comunicar algo extraño que me sucede. En mi vida cotidiana puedo afirmar con seguridad que en este punto del camino soy capaz de traicionar, olvidar o pasar mil veces, pero nunca jamás volver atrás. Y trato de explicar por qué. Me parece que he llegado a ser capaz de adquirir y percibir con la voracidad de una piraña lo que don Gius y tú nos explicáis sobre el sentido religioso. Esa pregunta que el hombre lleva dentro desde la noche de los tiempos, yo la tengo desde que nací, pero nadie me había enseñado a leerla ni a mirarla. Siempre la había ahogado, negado, despreciado con el apoyo del mundo entero. Pero existía. Y precisamente porque no me la había dado yo, allí estaba, encerrada en mi corazón. En un momento dado ha empezado a explotar y a no contentarse ante hechos decisivos que requerían una elección radical: vivir o morir. Si eliges vivir, debes ir hasta el fondo de cada cosa, de cada detalle, y ahí te encuentras con toda la potencia y la misericordia del Misterio –una gracia infinita– que empiezan a hablarte, a mostrarse, a responder a todo lo que eres. Entonces, ¿dónde está mi duda, por qué te lo decía? Porque se ha dicho, y tal vez yo estoy equivocada...

Tú no te preocupes.

Yo traiciono mil veces, mil veces me equivoco, y siento también la consistencia de la diferencia de potencial tal como aparece en la Escuela de comunidad, toda mi desproporción, pero esta vida que he descubierto de preguntas y respuesta, de súplica y de don, constituye continuamente una provocación dentro de la provocación, que se transforma en adhesión

continua e invitación a vivir de Él allí donde Él está y por tanto, de forma inexplicable, en mi corazón. Si no respondo, esta vida se apaga y algo dentro de mí golpea con fuerza; creo entender que se trata de esa voz de la conciencia de la que me hablaban mis padres cuando era pequeña. Sentirle cerca es tan bonito, pero tan bonito, que la sensación es la de tener dinamita en el corazón, un puro gusto de vivir, el ciento por uno multiplicado al cubo, una gracia infinita. Por ejemplo, mientras hacía cola en una oficina pública, me puse a buscar un lápiz en el bolso. Entonces se me cayó al suelo todo lo que llevaba dentro. Un tipo detrás de mí me ayudó a recoger las cosas, entre las que estaba el cuadernillo de los Ejercicios. Mientras me deshacía en disculpas y agradecimientos, le miré de una forma especial y le dije: «Gracias, ¡madre mía! este cuadernillo es insustituible para mí, es mi vida; he pasado del libro de Mao al de Carrón».

Un salto demasiado grande...

Puede producir risa, pero es así. En esas palabras estaba toda mi vida. El tipo me miraba un poco confundido y me dijo: «Cuando termine en la ventanilla, ¿puede contarme quién es ese Carrón?». Entonces empecé a "abrir el archivo", contándole como un torrente acerca de mi vida cambiada, iluminada. Mi corazón se ha vuelto agradecido por todo, incluso por la pobreza que antes me espantaba tremendamente, agradecida por mi matrimonio, por mis hijos. Todo es punto de partida. Ahora me siento un poco matador, como dijiste otra vez. En resumen, yo percibo esta tristeza cuando Él no está, y sin embargo percibo también toda esta dinamita en el corazón. Solo quería saber si estoy en el camino justo.

Pero tú, ¿qué dices? ¿Es o no es el camino justo?

Para mí sí, completamente.

¿Por qué?

Porque supone responder a todo, a todo lo que sale a mi encuentro.

Si dices que estás más contenta que nunca, ¿percibes en tu experiencia una confirmación a tu pregunta?

Sí.

Basta. Ningún comentario que pueda añadir yo aporta nada a la confirmación que supone la experiencia que haces. Todos nosotros hemos tenido la misma gracia que ha tenido ella, cada uno con su drama; el problema no es la circunstancia que atraviesa uno, sino si domina lo que nos ha sucedido, porque esto es lo que nos hace estar más alegres y libres que nunca, sea cual sea la circunstancia. Pero ella ha hablado de una condición: «Si no respondo, esta vida se apaga». Cristo ha unido la participación en esta novedad con el seguimiento, es decir, con responder, que no es una energía especial, sino un abandonarse, como nos ha dicho. Por eso está al alcance de todos, también en el verano que tenemos ante nosotros, en el que podremos retomar con calma todo aquello en lo que hemos empezado a trabajar. Es una ocasión de dejarnos acompañar por texto de los Ejercicios, para que esas palabras se vuelvan familiares, se conviertan en la mirada normal de la vida. Es útil releer los textos mismos de don Giussani de los capítulos quinto y octavo de *El sentido religioso*, porque entonces podremos gozar verdaderamente de toda la riqueza, de todos los detalles que muchas veces nos perdemos. Tenemos ante nosotros unos meses, y será para nosotros una compañía cada vez mayor si leemos aunque solo sea un momento al día.

Después de la Jornada de apertura de curso retomaremos nuestros encuentros de Escuela de comunidad.

Vacaciones. Todos sabemos el aprecio particular que don Giussani tenía por el tiempo libre, porque en el tiempo libre, cuando no estamos obligados por ciertos deberes o compromisos a los que tenemos que responder, podemos usar el tiempo como queremos. Por eso, en el tiempo libre se ve, se descubre lo que es más querido para cada uno, qué es lo que ama realmente, a qué da espacio y tiempo, además de tratar de descansar, obviamente. Pero vemos también qué concepto tenemos del descanso, porque uno puede pensar que descansar quiere decir interrumpir la familiaridad de la que hablaba hace un momento, porque formaría parte del compromiso; pero esto habla de nuestro racionalismo, como si pudiésemos descansar verdaderamente sin que "descanse" la totalidad del "yo", sin esta unidad de la que se hablaba antes. Por eso, las vacaciones constituyen para cada uno la posibilidad de expresar libremente nuestra relación con el Misterio, nuestra relación con toda la realidad, que puede estar cargada del Misterio. El silencio, la oración, la Escuela de comunidad, la convivencia, la amistad, el Meeting, son para ayudar a esta posición personal.

Os recuerdo por último la participación en las procesiones del Corpus en vuestras ciudades. La de la diócesis de Milán tendrá lugar mañana por la tarde.

Buen verano a todos. Rezamos

Veni Sancte Spiritus